

The background of the cover is a photograph of the interior of a bus. The seats are covered in bright yellow fabric. Red curtains are visible in the upper part of the frame. The lighting is warm and directional, coming from the left, creating strong highlights and deep shadows. A solid red horizontal band is positioned across the lower half of the image, containing the author's name and the title.

**Elvio E. Gandolfo**  
**ÓMNIBUS**

inter *I* zona



*Para Lydia Battaini,  
Luis Pérez Mussio  
y Marcelo Romeu*



# I

## Las líneas de alquitrán



La última vez regresé en ómnibus. Como la mayoría de las veces, era el de la empresa Argentina de las diez de la mañana, de dos pisos. A esa hora, una vez que toma por la autopista, el sol da con toda su intensidad, y, durante la mayor parte del viaje, sobre el flanco izquierdo. Una especie de sexto sentido me hizo ir cambiando dos o tres veces de asiento, porque me había olvidado de pedir el lado más cómodo al tipo de la ventanilla cuando saqué el pasaje, y seguramente subirían bastantes pasajeros en San Nicolás. Acerté: cuando subieron, nadie tenía el número del asiento que ocupaba yo en ese momento, sobre el flanco derecho.

Era, además, domingo. La ida la había hecho, regalo de lujo, en auto. Es totalmente otra forma de viajar. Era Charles, mi hermano, que había venido a Buenos Aires, y volvía, así que decidí aprovechar. Salimos mucho más tarde de lo que pensábamos, de noche. Había pensado en regresar el sábado mismo, también de noche, pero por suerte me quedé hasta el domingo por la mañana. No tenía sentido el cansancio, reventarse por nada, y justamente esa noche agregada, gratuita, caminamos media ciudad, aunque en realidad sólo del barrio sur, con el flaco Prin.

Pero vuelvo al ómnibus. También como casi siempre alternó un poquito de aire acondicionado fresco con largos kilómetros soportando el calor del sol que daba de

llo sobre las cortinillas corridas del flanco izquierdo, calor que, lógicamente, inundaba todo el interior del ómnibus, como aire que era. Ese tenaz amarreteo del aire acondicionado es, también, un rasgo esencial de las decenas de viajes que estuve haciendo en el último par de años a Rosario, en distintas empresas, con distintos tipos de ómnibus. Con un efecto curioso: antes detestaba los viajes en ómnibus, y ahora, sin admirarlos, ni siquiera los sopor- to: los disfruto.

Me cuesta explicarlo. Incluso creo que empecé a escribir esto sobre esos viajes, para tratar de comprenderlo. Se trata, en realidad, de un tema más general. Que sin embargo se centra, se solidifica, aparece más claro, limpiamente nítido, puesto ahí para que yo me dé cuenta, en los viajes en ómnibus. Y más aún en los viajes en auto.

Aunque no es del todo cierto. Los viajes en auto tuvieron siempre (mucho antes de disfrutar de los viajes en ómnibus, cuando todavía había trenes), por escasos que hayan sido, una concentración pareja. Un espacio más o menos reducido, una manera de mirar la ruta y el paisaje casi a ras de tierra, casi siempre un pariente cercano (esta última vez, Charles) o un amigo, charlando, dejando que pasaran los accidentes, el paisaje, los kilómetros.

Lo del ómnibus es distinto. Porque antes el viaje lo hacía en tren: uno que salía a las 7 de la mañana para ir, y otro que salía de Buenos Aires a las 7 de la tarde para volver. Era la felicidad de poder volver, solo o acompañado, a Rosario, en el día, desprendido de la necesidad de buscar un lugar donde pasar la noche en Buenos Aires, algo que en esa época veía tan terrible, tan duro, tan de sentirme despreciado no por alguien en particular sino por el clima entero que colgaba sobre una ciudad enorme.

No se trata de que los ómnibus hayan mejorado. Pero en aquel entonces había una serie de circunstancias que me hacían detestable el viaje en ómnibus. Pensaba, por ejemplo, en cuatro horas (o más, en aquel entonces) de

cárcel, sobre todo de noche, en que no podía encender alguna de las dos luces pequeñas para leer, porque *sentía* el odio de los asientos de alrededor: me parecía que me detestaban por no dejarlos dormir. A mi vez, me resultaba totalmente imposible dormir. Todo eso hacía que el tiempo se hiciera quieto, angustioso, infinito.

No se trata de que ahora el viaje se me haga necesariamente más corto. Sólo que es otro el tiempo. Se va fragmentando solo, en bloques distintos. Está puntuado, por ejemplo, por las idas al baño, nunca menos de dos. Ahora que lo pienso eso también tiene que haber incidido en la molestia del pasado: me fastidiaba ir al baño. Si tenía que ir una sola vez, la postergaba, aguantaba hasta llegar a Rosario, o a Retiro, y eso le daba una tensión adicional a la espalda, a la vejiga. Tal como si entonces, que supuestamente era joven, fuera en realidad viejo, no tanto por las veces en que voy ahora al baño, muy adecuada al tiempo que pasó, sino por esa necesidad de ponerme tenso, sudoroso, concentrado, que uno asocia por lo general a la adultez o la vejez, en este tipo de sociedades. Olvidando que esas tres cosas –la tensión, el sudor, la concentración– son paradigmas en cambio de la adolescencia, del terror a crecer, al mundo que está ahí, listo para devorarnos hasta que descubrimos que es tan grande y tan ocupado en sus propios asuntos que nos deja en paz, libres, por ejemplo, de viajar en ómnibus cuando queramos, y mirar alguno de sus vastos detalles –el cielo, el paisaje– por la ventanilla.

Ahora, sobre todo en el piso superior de los ómnibus de dos pisos de la empresa Argentina, el cuerpo se tensa y se distiende las veces necesarias como para que el viaje sea no sólo esa cantidad de tiempo y espacio que hay que recorrer, sino también, cada vez, una especie de serena experiencia. Pero a la vez maleable, densa, cargada de algo.

En los viajes a Rosario, al principio lo atribuía al paisaje. Al pensar en escribir sobre los viajes en ómnibus, justamente, uno de los temas que más me preocupaban por

adelantado era ése: cómo diablos poder poner en palabras escritas lo que siento con el paisaje que pasa más allá de la ventanilla, con esa amplitud imposible, porque mientras lo miro, la mirada incluye la conciencia no tanto racional o cerebral como perceptiva, corporal, incluso secamente lírica, de cómo el paisaje sigue y sigue, sin ni siquiera envolver al ómnibus como una esfera infinita: estando, allí, al otro lado de la chapa del ómnibus, recalentada por el sol sobre el flanco izquierdo, y apenas un poco más fresca del lado derecho. Salvo que el miserable del chofer se digne poner un poco el aire acondicionado.

De pronto sonrío mientras escribo, obviamente no en el ómnibus (nunca pude escribir a mano salvo en bares o lugares de espera), aunque la sonrisa leve, sin llegar a risa, tiene algo de ese sabor o atmósfera de viajar en ómnibus. Sonrío porque pienso que no logro empezar a asentar el tema. Como pasa siempre con el humor, que es concreto, la sonrisa viene asociada a una persona en particular, un periodista que una vez se enojó un poco conmigo en una entrevista y en nota al pie preguntaba qué quería decir yo con ciertos términos, que le parecían poco claros. Sonreí porque imaginé al periodista que, una vez leído lo anterior, se calzaba los lentes (que usaba) y decía: “¿Qué nos quiere decir el autor con ‘cerebral’, con ‘perceptiva’, con ‘secamente lírica’?”.

Lo que pasa es que el tema de los viajes en ómnibus es un tema que se va, a una velocidad pareja, controlada, rectilíneo en realidad, pero difícil de aprehender, de apresar, aparentemente liso como la ruta o la autopista que el ómnibus recorre, pero infinitamente cargado de detalles. Detalles que uno va aprendiendo viaje a viaje, pero nunca para llegar a un saber definitivo de esas cuatro horas que van de Buenos Aires a Rosario (o viceversa), sino para, por así decirlo, “mantenerse al día”.

Porque ese saber cambia una y otra vez, según las circunstancias de cada viaje. Es muy distinto viajar en ómnibus con

lluvia, con sol, con el cielo nublado, con viento (que provoca innumerables inconvenientes si el ómnibus es viejo, y el aire se filtra por hendiduras varias), solo o acompañado. Por dar un ejemplo: una vez iba acompañado por una mujer bella, a la que conocía desde hacía bastante tiempo. No sé bien si se debía a que le había contagiado mi modo actual, fruitivo, de viajar en ómnibus, o si el bienestar mutuo se trasladaba al viaje: lo cierto es que el viaje transcurría con una naturalidad envidiable.

El tiempo era, si puede decirse, más largo que de costumbre, por la insólita riqueza de los gestos intercambiados: las miradas, los toques leves, la forma de acurrucarse o estirarse cada uno en su asiento. Lo destaco porque justamente de la media docena de viajes que hicimos juntos (que ella fue reduciendo en número cuando empezamos a dejar de vernos, con la capacidad de la memoria para acomodarse a las necesidades pragmáticas del sentimiento) hubo al menos dos (o hasta tres) en que la mujer destacó, con un asombro para mí asombroso, lo cómodos que nos sentíamos, o más bien lo cómoda que se sentía viajando conmigo. Cosa que a mí me parecía natural, pero que a ella la dejaba atónita, porque consideraba que se sentía bien sólo cuando viajaba sola, o en todo caso cuando viajaba con un compañero desconocido e interesante, que le permitiera hacerse películas mentales (por ejemplo: seguir viajando con él más allá de Rosario, por así decirlo hasta Córdoba, a iniciar, directamente, una nueva vida) (cosa que, desde luego, nunca hizo) (porque era más natural).

Hasta ese momento no se había sentido en cambio nunca bien cuando hacía el viaje acompañada por alguien que conocía hasta cierto punto, como en mi caso. Es más: me mencionó viajes con otras personas con las que había discutido, se había sentido incómoda, se le había hecho infinito el tiempo, había transpirado, se había puesto tensa y se había concentrado en el viaje en vez de expandirse hacia afuera, a corta distancia (yo) o a larga distancia (el paisaje).



Por mi parte no le dije nada: dejé que describiera lo que había sentido en otras ocasiones y en ésta en particular, mientras yo miraba con el costado del ojo el paisaje de afuera, en el que había y sigue habiendo algo que se me escapa, que se me va. Si por una parte pensé “alguna vez tengo que escribir algo sobre estos viajes en ómnibus, para tratar de entender eso, eso que se va, que no se da sólo en los ómnibus”, por otra la miré de pronto y me perdí unos segundos en el color marrón de sus ojos (eso era lo que me encantaba en ella: el poder tremendo que podía sacarle a unos ojos simplemente marrones, no celestes, ni grises, ni mucho menos verdes), capacidad de perdernos el uno en el otro que teníamos con extrema facilidad en ese entonces.

De inmediato intuí lo que ella podía estar deseando y le dije: “¿Te traigo café?” y sonrió encantada, asombrada de cómo había percibido sus ganas de tomar ese café despreciable del ómnibus casi antes que ella, y sonrió y asintió, con la sonrisa de una niña a la que le ofrecen una golosina.

Veo que esto viene con digresiones. Porque llego ahora, después de un desvío considerable, a lo que quería: dar un ejemplo de esos detalles que he ido aprendiendo en los viajes en ómnibus (concretamente los que van de Buenos Aires a Rosario, y viceversa), que forman un saber siempre creciente pero siempre cambiante, que tiene que ponerse al día una y otra vez.

Para explicarlo, debo decir que se trataba, como tantas otras veces, del viaje de las diez de la mañana de la empresa Argentina. Y que la mujer y yo íbamos en el primer piso. Ese primer piso tiene un frente constituido por el equivalente de un amplio ventanal de vidrio que permite ir viendo la ruta desplegándose en pantalla panorámica, a uno y otro lado, casi mejor que por el parabrisas del chofer y el guarda. Ibamos con la mujer, digamos que en la tercera fila.

Yo venía, balanceándome un poco con la taza de café en la mano, desde el surtidor del fondo, que también

entrega, por otra canilla, un inmundo supuesto jugo, en realidad una mezcla de agua y colorante, para quien no desea algo caliente sino frío. En ese caminar vacilante para evitar el salpicado de algún pasajero con el café, tuve una visión amplia de la ruta en movimiento. Había notado un momento antes que cada cierto tiempo breve, el ómnibus daba un pequeño sacudón, que se transmitía al líquido marrón y humeante (había tenido la precaución de meter el vasito de plástico adentro de otro vasito de plástico, para no quemarme los dedos con el plástico ardiente).

Era una situación pedestre en principio. Pero tenía también su latido. En uno de los asientos, adelante, una mujer a la que conocía y consideraba (era) bella, estaba esperando lo que yo le llevaba. Y aunque el pasillo era recto, y la ruta también, había una serie de cosas a tomar en cuenta. Por ejemplo, el leve sacudón. Para que ella tuviera la satisfacción del deseo cumplido, el café tenía que llegar intacto. Muy en especial no tenía que derramarse sobre su ropa cuando yo lograra sentarme y alcanzárselo. Eso podía ser muy bien lo que pasara, si yo aflojaba un poco los dedos para cruzar el vasito de plástico hasta la mano de ella. Sobre todo si coincidía con uno de los pequeños, regulares sacudones. Las dos manos en movimiento (la mía, alcanzando; la de ella, recibiendo) ante el pequeño vuelco violento, reaccionarían con una especie de respingo, que las descoordinaría, y el líquido caliente y pegajoso se volcaría. Por suerte (fue el detalle que aprendí en ese viaje, y que nunca más me sirvió para nada) pude ver, por el ventanal frontal, que lo que ocurría era que todo ese tramo, a lo largo de kilómetros, estaba surcado por costurones de alquitrán, seguramente recientes, que cruzaban la ruta de lado a lado. El ritmo era preciso: costurón/sacudón-tramo largo sereno-costurón/sacudón, etc.

Así que me senté, envuelto en la sonrisa y la actitud receptiva de la mujer, que se inclinó hacia mí, pero le dije: “esperá un momento”. Hubo un costurón/sacudón y de


inmediato le entregué el vasito. Ella se lo llevó a los labios y cuando todavía estaba bebiendo el café, le tomé muy suavemente la muñeca con mi mano y le dije “ojo”, y hubo otro costurón/sacudón. Ahí le vino de nuevo el asombro infantil, como de estar ante un sabio incaico o directamente oriental. Y preguntó, con sonrisa de niña, mientras le advertía de otro sacudón, porque el tiempo seguía pasando: “¿Cóóómo te das cuenta de una cosa así?”. Sin demorarme en la creación de un aura de falsa sabiduría, aunque más no fuera por transitoria diversión, le expliqué de inmediato el alquitrán, el ritmo, los sacudones.

Ese es el tipo de cosas que uno va aprendiendo en los viajes en ómnibus.



## II

### Conversaciones



Casi todos los ómnibus tienen dos hileras de asientos dobles, lo que da un total de alrededor de 45 lugares, algunos con el más incómodo ubicado, solo (por el sitio que ocupa el expendedor de café y supuesto jugo), frente al baño, cuya puerta los pasajeros abren una y otra vez, factor irritante, por el sonido y la luz, si uno tuvo la desdicha de ocupar ese asiento dejado de la mano de Dios en un viaje nocturno. Salvo en el ómnibus de la empresa Argentina que sale a las diez de Rosario (y un par de horarios diarios que salen de Retiro). Porque ese ómnibus de dos pisos, llamado coche-cama, tiene una hilera doble de un lado y, muchas veces, una hilera de sólo un asiento del otro. Y el bañito está abajo, sin asientos cercanos.

Con frecuencia, o siempre (no lo recuerdo con exactitud), la hilera única está ubicada del lado que el sol golpea con su calor en el viaje de Rosario a Retiro. No puedo controlar la súbita frase, o más bien el sentimiento que me vino a la mente y al cuerpo como una ráfaga: ¡qué placer cuando se viaja en la fila de un solo asiento, con todo el espacio para los codos, y el día está nublado, fresco, revigorizante, misterioso, con nubes oscuras, borrascosas, o con un solo plano gris y leve, hecho como a propósito para pensar, sin ocuparse del tremendo calor del sol pegando contra las chapas y las cortinillas!

De todos modos el recuerdo acumulativo es de asientos dobles, no individuales. Por lo general son bastante cómodos, al menos en los modelos de dos pisos, que he citado con frecuencia. Tienen, además (de ahí el nombre de coches-cama) un suplemento adherido al respaldo del asiento de adelante, que puede hacerse bajar y sobre el cual apoyar las piernas, para que, en caso de echar el asiento hacia atrás (cosa que uno siempre termina por hacer a lo largo de las cuatro horas), el cuerpo vaya más cómodo. Propósito que es cumplido a medias, como suele suceder con toda fabricación industrial, masiva de confort, que por lo tanto no se ajusta a la extrema variación de los cuerpos en un país como Argentina. De tal modo que un porcentaje notorio de pasajeros, entre los que me incluyo, tienen siempre un cuerpo apenas un poco corto o apenas un poco largo para aprovechar a la medida exacta ese remedo manco de una elegante tabla de planchar, aunque más corta y forrada en la misma tela que los asientos.

Ese detalle no llegó nunca, sin embargo, a arruinarme un viaje, en el período al que me refiero. Aquí debo hacer precisiones de fechas. Justamente en la época en que los viajes en ómnibus eran para mí, si no una verdadera tortura, sí un fastidio considerable, ninguno incluía esas tablas destinadas a remedar muy precariamente una cama, al unirse con el asiento. Y cuando empecé a hacer seguido el viaje, en cambio, ya me encontraba en la época contemporánea a lo que escribo, en la que por una parte empecé a viajar bastante más seguido a y desde Rosario, y por otra coincidió con el estado general, de época, que constituye el tema general que abarca, rodea o englute el tema de los ómnibus.

Ya que lo menciono: no es que hablar de los viajes en ómnibus constituya una metáfora, ni mucho menos un símbolo, ni un trocito sin importancia de esa cosa más general. Tampoco es el núcleo. Justamente la sensación general tiene algo de dispersión, de cosa que se abre, se

despliega hacia afuera, hacia el paisaje, de una manera múltiple que explicaré más adelante, después de otras aclaraciones y sobre todo digresiones. Pero esa dispersión, en vez de condensarse en una sensación de pérdida, de angustia, de ansiedad, está regulada, constituye un equilibrio inestable que parece ser el único posible para abarcar estos tiempos que, en términos abstractos (laborales, afectivos, corporales, familiares) comparten esa sensación de dispersión silenciosa, nada espectacular, implosiva. Dicho de otra manera: no es que yo me esté refiriendo, al hablar de los viajes, a otra cosa, que los use como excusa, sino que hacerlo es la mejor manera directa, concreta de hablar de eso.

En cuanto a los asientos, decía que la incomodidad de la tabla tapizada que podría haber perfeccionado la irritación en los viajes del pasado, ahora entra en cambio en la notoria comodidad con que mi cuerpo enfrenta el viaje. Ese cuerpo (que incluye cosas tan esenciales como la cabeza, el hígado y el corazón, y sus funciones respectivas: la percepción, el impacto emocional primitivo –hepático– y la pasión –cardíaca) sabe lo que tiene que ir haciendo intuitiva, automáticamente, a lo largo de las cuatro horas. Por una parte mirar mucho, pero no con extrema atención, sino dejando entrar lo que le llega. Por otra, reaccionar con inmediatez a los estímulos internos: ir al baño, por dar un ejemplo.

Mencioné antes que los ómnibus no han mejorado mucho, y que en realidad en algunos aspectos han empeorado. Eso es especialmente notorio en los baños. Para comparar: el estado de bienestar variado que he sentido en los últimos dos años tiene su antecedente en los viajes en ómnibus mucho más escasos que hice durante varios años desde Colonia a Montevideo.

Había sin embargo una diferencia: que allí el paisaje de cuchillas, palmeras junto a la ruta y colinas suaves de una vegetación que estallaba en un ralenti de matices de amarillo, ocre, marrón y rojos apagados en otoño, se convertía

directamente en la explicación del bienestar. Sobre todo al sumarse al buen estado y mantenimiento que tenían siempre esos ómnibus, con un sitio donde se notaba más: el baño. Si por una parte el chofer no solía escatimar el aire acondicionado, por otra el baño *siempre* estaba provisto de papel higiénico y en perfectas condiciones.

En la mayoría de los ómnibus argentinos de los últimos años, en cambio, la sola entrada al baño se convierte en un paso a otra cosa, muy distinta del resto del ómnibus. Un primer cambio está provocado a nivel perceptivo inmediato porque hay un salto crudo entre el ambiente atmosférico del ómnibus y el del baño. Esto se debe a que por lo general incluye una ventanita, arriba, casi siempre abierta. Pero el principal cambio es el caos. Suele no haber papel higiénico. El asiento suele estar ubicado de tal manera que resulta imposible levantarlo y dejarlo apoyado contra la precaria pared del bañito. Inclinado, insiste en volver a caer. Y es difícil en extremo mantenerlo con una mano y sostener el miembro (en mi caso) con la otra y poder orinar con serenidad. La posibilidad de orinar sentado también es compleja, porque el ángulo en que desciende el interior del pequeño inodoro, por lo general metálico, es tan impráctico que, al sentarse, el miembro toca casi inevitablemente su superficie, con el consiguiente temor a todo tipo de suciedades o contagio, ya promovido por la ausencia del papel higiénico y, a partir de la mitad del viaje, la condición de progresivo deterioro de la higiene del pequeño recinto.

Esa desventaja se debe, ante todo, a que no es infrecuente la entrada de algún pasajero de edad que le erra al escaso agujero (sobre todo por el efecto caotizante de la tapa que se niega a quedar levantada) y moja parte del piso. Otra posibilidad es que el expendedor de supuesto jugo y café, unido a un elemento como el costurón de alquitrán que mencioné antes, haga que se vuelque un poco de líquido. Como justamente suele estar ubicado

ante la entrada al baño, ese líquido enchastra el piso mediante las pisadas de los sucesivos visitantes. Con esto quiero llegar a que en caso de querer sentarse, se agrega el detalle de cuidar el borde de los pantalones, dado que si toca el suelo quedará un poco manchado por esa mezcla de supuesto jugo o café y tierra de los zapatos.

Como dato curioso, puede mencionarse que en muchos casos, ese baño que no tiene papel higiénico, que tiene una ventanita pequeña a veces abierta, que se ensucia, que a veces incluye el botón para soltar el agua en un lugar absurdo (el techo, por ejemplo), tiene sin embargo a veces un adminículo sobre el que se lee: “Para cambiar pañales”. Se trata de una simple, llana, muchas veces precaria hasta la penuria, tabla o superficie de metal que puede bajarse hasta ocupar la mitad del bañito. En la promesa de su función existe la posibilidad de entrar en el pequeño cubículo con un bebé en brazos, bajarle la simple traba que la mantiene contra la pared (otra vez la tabla de planchar, más pequeña aún que la de los asientos), depositar el bebé (objeto por lo general extremadamente móvil, y hasta rebelde) sobre ella y, mientras se mantiene el equilibrio no sólo contra los sacudones sino también para equilibrar las lentas y a veces prolongadas inclinaciones de la masa entera del vehículo, sobre todo en los de dos pisos, dedicarse a una serie de movimientos nada sencillos: a) sacar los pañales limpios de un bolso o algún otro recipiente, b) desvestir al bebé (en ocasiones con el desequilibrio de temperatura que provoca la ventanita), c) hacer un bollo relativamente prolijo con los pañales sucios, que toda madre reconoce como a veces auténticamente repugnantes, d) limpiar el delicado culito del bebé, e) ponerle el pañal limpio.

Para decirlo con brevedad: sospecho que nunca se utiliza ese adminículo que promete comodidad, una especie de adelanto civilizatorio, que no es más que una dudosa incomodidad adicional, por la extrema precariedad con que está construido.



Lo que quería subrayar es cómo todos esos inconvenientes, en vez de empañar ese elemento general de disfrute, aunque no de goce (oscuramente intuyo que los viajes en ómnibus no tienen nada que ver con el deseo, sino con la suspensión transitoria del deseo), hoy lo constituyen. Dicho de otra manera: si me ocurre lo peor, y tengo incluso ganas de defecar en ese pequeño bañito desprovisto de las comodidades elementales, la ocasión no aparece como un desastre sino como un desafío.

En ese caso me despego del paisaje, de dejar entrar lo que traen los ojos, y me concentro por un momento en el problema. La primera pregunta es si estoy en condiciones de aguantar hasta la llegada. Por lo general con la pregunta adicional de si aguantar me hará tener un viaje agradable, pregunta que no me hacía en otros tiempos. Por lo general la respuesta es negativa. De modo que de inmediato entro a buscar una solución, sabedor por anticipado de la muy probable falta de papel higiénico. La solución viene la mayoría de las veces bajo la forma de otro tipo de papel: un trozo de diario, una revista, que casi siempre llevo, aunque no por haber pensado en esos menesteres, sino para leer. Las hojas ideales son las de publicidad, por su escasa utilidad.

Una posibilidad no desdeñable es que no exista ese desvío. Suele traducirse en la aceptación de aguantar hasta llegar. Es la negativa. Otra, que maravillosamente ese único baño *tenga* papel higiénico. Es la positiva. En caso de la negativa, sin embargo, la decisión está tomada después de agotar las posibilidades de solución, que así convierten el acto de permanecer inmóvil en el asiento en una prueba de templanza. Entonces la mezcla de meditación derivante y contemplación fragmentada de lo que ocurre fuera o adentro de la ventanilla, incluye, por los delicadísimos cambios químicos corporales que la decisión conlleva, un sutil cambio también en la calidad de la mirada, que puede abarcar, a medio camino entre la

filosofía y el humorismo, un bordoneo de fondo sobre la complejidad de la vida.

Cuando el asiento es doble, con frecuencia, sobre todo los viernes (si la dirección es Retiro-Rosario) o los domingos por la noche o los lunes por la mañana muy temprano (en la dirección opuesta) incluye un acompañante. Casi siempre pido el asiento de la ventanilla, o sea que el acompañante o la acompañante es a quien tengo que pedirle permiso para moverme, para pasar. Para ir al baño, por ejemplo.

Con mucha frecuencia han sido hombres, en algunas ocasiones mujeres. Salvo que termine entablando una conversación, es el único punto donde puede llegar a concentrarse un poco del fastidio que sentía antiguamente, si la persona respira con hondura, carraspeante y de modo desparejo, por ejemplo. No tuve la mala suerte máxima: que exactamente la persona de al lado tuviera tos. Sí en cambio que la tuviera alguien de atrás o adelante.

En el caso de la respiración, el ruido puede volverse bastante terrible, por lo repetido y regular, pero una vez más lo general, lo que envuelve al viaje en ómnibus hace que termine teniendo, sin hacer esfuerzo o proponérmelo, una visión clara de que es un problema de las vías respiratorias del otro pasajero, así como podría ser mío. Que la persona, en todo caso, no lo está haciendo a propósito, para jorobar *a mí* a lo largo de las cuatro horas.

Más de una vez viajé con alguien con quien terminamos por entablar una conversación. Lo pienso ahora, y me cuesta recordar alguna, aunque en el momento de tenerlas fueron sustanciosas, largas, llegando a durar casi las cuatro horas enteras. Hace mucho tiempo, un año y medio o dos, digamos, charlé todo el viaje con una mujer joven y simpática, llena de entusiasmo. Pero lo que recuerdo no son tanto detalles como datos generales. Era de Santa Fe, pero tenía un departamento en Rosario, y estaba viviendo con frecuencia en Buenos Aires para terminar unos estudios

de ciencias sociales. Hubo, sí, un detalle: el modo en que la calmaba visitar la casa de los padres en Santa Fe, por una razón precisa: las hojas del otoño acumuladas en la calle y las veredas. La calma que le comunicaban era tan intensa que se le transmitía y me la transmitía en ese momento, en el asiento del ómnibus. Por lo demás recuerdo vagamente historias sobre un hermano, que según creo se había ido a vivir a Estados Unidos, o algún lugar por el estilo. Que era pintor, o loco, creo. Y la seguridad con que me dijo, cuando me contó lo de las hojas: “Pero no podría volver jamás a vivir en Santa Fe. *Nunca*”. Sin enojo, con el peso de lo definitivo.

Otra acompañante era una señora. Me hablaba con calma de las clases que daba en el pueblito de donde venía, y cómo vivía con el hijo. Hacía una distinción esencial entre la docencia y la educación. Tenía muy claro que en Argentina había mucha docencia, pero muy poca educación, y lo decía con un tono recriminatorio. Como conversamos muchos kilómetros, empecé a tener una visión un poco delirante de su familia, porque me decía que había ido (y además iba siempre) a Buenos Aires “a visitar a mi marido”. Llegué a pensar que el tipo estaba preso. Pero no, al fin se develó el misterio: después de resistirse de manera opaca, inconsciente, terminó por decirme que el hombre era de gendarmería, y se llegaba a entender que estaban medio como separados, aunque no del todo, cosa mucho más frecuente de lo que por lo general se cree.

El avance que la mujer había hecho hacia esa información había sido tan progresivo y ladino, esquivado, que cuando me llegó la información no me asombró. Como si el dato de que alguien era de gendarmería allí, sobre las ruedas del ómnibus que giraban y giraban, tuviera que llegar como una fatalidad.

En cambio me asombró lo que había imaginado para el hijo. Mientras recorríamos los kilómetros, ella sonreía de pronto, se interrumpía y decía: “Ahora debe estar tomando

## ÍNDICE

I Las líneas de alquitrán	9
II Conversaciones	17
III El tiempo pasa	27
IV El hombre del granizo	33
V Torturada, fascinante, desprotegida, mezquina	39
VI Plenitud panorámica	47
VII La vida vegetal	53
VIII Tragedias	59
IX Reencuentro	67
X Parientes	73
XI Un amor absorbente	83
XII Aves migratorias	93
XIII Paredes simbólicas	101
XIV De Perón a Perón	109
XV Las plantas verdes del 72	117
Apéndice	123

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en [www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com) y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

# INTERZONA